



Nota sobre César Aira

Ilan Stavans

César Aira es un raro. De no haber nacido en 1949 sino a mediados del siglo XIX, Rubén Darío, que amaba el decadentismo, lo habría incluido en su galería de artistas chocantes al lado de Edgar Allan Poe, Paul Verlaine, Villiers de l'Isle-Adam, Rachilde, Ibsen y Le Comte de Lautréamont. Aira se inserta en la tradición argentina cosmopolita de Julio Cortázar pero no escribe cuentos cortos llenos de sinrazones y exabruptos o novelas-mándala. El escritor en el Río de la Plata al que más se asemeja es a Felisberto Hernández. Las ficciones de Aira me parecen una continuación de *Por los tiempos de Clemente Collins*. Son surrealistas sin quererlo.

Algunas veces pienso que posiblemente no haya en el mundo

más de diez personas a las cuales les resulte interesante, y yo me considero una de ellas. Aira es casi tan prolífico como Sheherazada (y poco más que yo). Su creatividad es vertiginosa. Traduce del portugués, francés e inglés al castellano. Escribe teatro y columnas periodísticas. Pero su género favorito es la novela corta. Sacó su primer libro, *Moreira*, en 1975. Casi tres décadas más tarde, en 2003, aparecieron de golpe cuatro: *El Tilo*, *Mil gotas*, *La princesa primavera* y *El todo que surca la nada*. No he leído ninguno de ellos. O quizá los he leído todos. Ocurre que todos los libros de Aira se parecen. Tienen unas 25.000 palabras repartidas entre 80 y 120 páginas. Predomina en ellos la narración en tercera persona —narrador omnisciente—, aunque de vez

en cuando utiliza la voz autobiográfica en primera persona. Impregna sus narraciones de material personal (varios se llevan a cabo en su sitio natal, en su casa, en su recámara), como diciéndonos que toda ficción es autobiografía y viceversa.

Roberto Bolaño dijo:

Si hay actualmente un escritor que escapa a todas las clasificaciones, ése es César Aira, argentino de Coronel Pringles, ciudad que no tengo más remedio que aceptar como real, aunque parezca inventada por él, su hijo más ilustre, el hombre que ha escrito las palabras más lúcidas sobre la madre (un misterio verbal) y sobre el padre (una certeza geométrica), y cuya posición en la literatura actual en lengua española es tan complicada como lo fuera la posición de Macedonio Fernández a principios de siglo.

Bolaño tenía razón sobre muchas cosas y una de ellas es Aira, aunque no por las razones que ofrece. Aira es inclasificable pero no se parece a Macedonio Fernández. Inventa realidades extrañas, que cuenta mordazmente, sin complicaciones, como lo hizo Lewis Carroll. Me embarga la sensación de que en cualquier momento en un rincón de su ser nacerá una planta.

Desde hace poco, la editorial norteamericana New Directions (que publica asimismo a Felisberto Hernández) viene dándonos traducciones, siempre de una calidad óptima, por Chris Andrews de los libros de Aira. La novela que justifica esta nota, *Ghosts*,¹ apareció en 1991 y es de las menos inspiradas. Es la historia de una familia que ve fantasmas en una construcción. La prosa es suave, límpida. Pero el lector pierde interés porque no hay nada nuevo en el ofrecimiento. En general, las novelas de Aira tienen un ligero parecido a las de Bolaño (cuyas obras aparecen

igualmente en el catálogo de New Directions), digamos *Estrella distante*. Pero Bolaño tiene un compromiso político y un amor por la farsa. A Aira esos atributos le incomodan. No le interesa la ideología; en su lugar, le llama la atención la cultura futurista (los zombies, los robots, las naves espaciales), así como los artificios intelectuales (los crucigramas, el ajedrez, las maquetas). Las tramas me hacen pensar en un impaciente Paul Auster. Sus invenciones, pese al gran vuelo imaginativo, mantienen una impávida serenidad.

Aira tiene (o parece tener) el sentido innato de lo que será clásico un día. Su mejor novela, una obra maestra, es *Un episodio en la vida del pintor viajero*. Cuando un editor del *San Francisco Chronicle* me envió la versión al inglés (*An Episode in the Life of a Landscape Painter*) para que la comentara, pensé que se trataría de un libro inánime, de los que abundan en las librerías de América Latina. Quedé deslumbrado. Tiene como tema la trayectoria itinerante del artista alemán decimonónico Johann Moritz Rugendas (1802-1853), por las geografías de Chile, Argentina y México, aconsejado por Alexander von Humboldt. No sé si una narración tan breve (la versión de Andrews tiene apenas 87 páginas) puede describirse como cósmica. El lector que la visite comprenderá el valor de mi adjetivo.

Entre las que recuerdo está una novela de 1997 llamada *El congreso de literatura* cuya idea es notablemente superior a su ejecución. Su meollo es borgeano: un grupo de fanáticos decide clonar a Carlos Fuentes (lástima que el eje central sea ese fanfarrón autor mexicano). Tanto mejor es *Cómo me hice monja*, anterior por cuatro años,

que Andrews volcó como *How I Became a Nun*. En su lectura hice por vez primera la conexión con Felisberto Hernández: la historia de una niña se convierte en un acontecer pesadillesco.

Mi interés en las quimeras de César Aira me ha llevado a leer sus ensayos, que encuentro, de vuelta, desiguales. Cayó en mis manos hace un mes una meditación suya (también en forma de libro breve) sobre Edward Lear, que empezó bien y terminó mal; y hace dos semanas leí un ejercicio crítico (otro libro más) sobre Alejandra Pizarnik, que empezó mal y terminó bien. Es obvio que a Aira no le atrae la crítica literaria. En su meditación el lector termina sabiendo poco sobre Lear (1812-1888), que en su obra inmortalizó el *nonsense*. Lo que inquieta a Aira del londinense es el *limerick*: un poema de cinco líneas, sarcástico y a veces obsceno, que el argentino, valiéndose de uno y mil malabarismos (casi siempre fallidos), aspira a reproducir en castellano, explicando de paso por qué en español no tenemos una tradición similar. La idea es atractiva para un texto juguetón de cinco páginas, no uno tedioso de ciento ochenta y ocho. Al final, el lector cae en una única palabra para catalogar el esfuerzo: *nonsense*.

Más estimulante, hasta enigmático, es un regalo que en junio recibí en Chile: el *Diccionario de autores latinoamericanos*, que Aira compiló durante casi una década y media, y que vio la luz en Argentina en 2001. Con aproximadamente 650 páginas (es, si no me equivoco, la obra más extensa de Aira, aunque no la más consumada), aspira a visitar la historia entera de las literaturas en castellano de este lado del Atlántico.

Es un ejercicio a un tiempo borgeano y bolañesco. El Borges temprano nos dio la *Historia universal de la infamia*; el Bolaño previo a *Los detectives salvajes* nos inspiró con *La literatura nazi en América Latina*. Las dos son apuestas enciclopédicas imposibles: la primera, porque el anhelo de reducir a unos cuantos bosquejos biográficos todo el acontecer humano relacionado con el odio es ridículo; la segunda, porque más allá de una serie de refugiados atemorizados, en nuestro continente nunca germinó el nazismo como estética, mucho menos como literatura. La de Aira es una tarea factible y, por lo mismo, menos asombrosa. Reconozco no saber cabalmente cómo hablar de ella. ¿Qué es el diccionario: una broma malograda? ¿Un mero prontuario de aficiones? Hasta donde puedo ver ninguna de sus entradas es imaginaria. Allí están Eugenio Florit, Gabriela Mistral y Sebastián Salazar Bondy. Pero la manera en que Aira los retrata es sagaz: los perfiles informativos siguen las preferencias del compilador. No hay un anhelo objetivo detrás. Lo que le interesa a Aira es contarnos por qué estos autores son valiosos. En otras palabras, es Aira, y no los autores, quien protagoniza la empresa.

Emecé y Ana Korn Editores, las compañías que avalan el *Diccionario de Autores Latinoamericanos*, anuncian en la contraportada que se trata de “una obra útil para la consulta y de atractiva lectura”, lo que es verdad, y añaden que sus entradas están construidas “con rigurosa erudición y gustos desprejuiciados”, lo que es mentira. En la advertencia, Aira explica que éste es un “trabajo enteramente personal y doméstico, acumulación de comentarios de

lecturas y notas de investigador aficionado”. Añade: “[este diccionario] no tiene aspiraciones de exhaustivo ni sistemático. Aunque puede ser de utilidad para el estudioso, está dirigido más bien al lector”. Pero ¿a qué lector? Es una lástima que la parcialidad haya obligado a Aira a auto-excluirse. Tampoco incluye a Bolaño. Los novísimos son escritores nacidos a fines de los 1930, digamos Alfredo Bryce Echenique, Luis Rafael Sánchez y Severo Sarduy. La selección (como todo en Aira) termina por ser arbitraria.

Me atrevería a decir que su *nonsense* se convierte, en esta antología de gustos y disgustos, en el *leitmotif* fundamental. Las entradas (yo calculo que hay unas trescientas) son, en su mayoría, joyas en su concisión. Reproduzco una:

Hernández, Felisberto (Cuba): nació en Montevideo en 1902. Fue pianista profesional, y recorrió el interior del país y algunas provincias argentinas dando conciertos, siempre en compañía de su inseparable amigo Venus González Olaza (más tarde lo haría acompañado del recitador gauchesco Yamandú Rodríguez). En imprentas del interior comenzó a editar sus primeros cuadernillos, en los que se esboza ya el estilo que sería su característica: el primero fue *Fulano de tal* (1925), sobre el que opinó ambiguamente el filósofo Carlos Vaz Ferreira: “Posiblemente no haya en el mundo más de diez personas a las cuales les resulte interesante, y yo me considero una de ellas”. Le siguieron *Libro sin tapas* (1929), *La cara de Ana* (1930) y *La envenenada* (1931). Tras una década de silencio, instalado en Montevideo como empleado público, apareció su breve novela *Por los tiempos de Clemente Collins* (1942), donde

ya puede decirse que está todo el autor; comenzó entonces a formarse un pequeño público adicto a Felisberto Hernández, del que formó parte Jules Supervielle con un juicio muy acertado: “Usted tiene el sentido innato de lo que será clásico un día”. Se sucedieron cuatro delgados volúmenes de cuentos: *El caballo perdido* (1943), *Nadie encendía las lámparas* (1947), *Las hortensias* (1949) y *La casa inundada* (1960). Una veintena de cuentos geniales, y un método peculiarísimo, son su cosecha. Sus invenciones, pese al gran vuelo imaginativo, mantienen una impávida serenidad. En un texto que escribió para la revista de Susana Soca, *Entregas de La Licorne*, y que tituló “Explicación falsa de mis cuentos”, relata su proceso personal de inspiración: “En un momento dado pienso que en un rincón de mi nacerá una planta”. En sus últimos años llevaba una vida sumamente desordenada, de constantes mudanzas y cambios de esposa. Decía, con toda razón: “Observo que cada vez escribo mejor, lástima que cada vez me vaya peor”. Murió en Montevideo en 1964. Entre sus papeles había una novela inconclusa, *Tierras de la memoria*, de mediados de la década de 1940, de lo mejor suyo. Entre 1969 y 1974 se publicaron sus *Obras completas* en seis volúmenes.

Se ha comenzado a formar un pequeño público adicto a César Aira, en el que orgullosamente me incluyo. ■

Ilan Stavans (México)

Tiene la cátedra Lewis-Sebring de cultura latina y latinoamericana en Amherst College. Sus últimos libros son *Resurrecting Hebrew* (Schocken) y *Mr. Spic Goes to Washington* (Soft Skull, con Roberto Weil).

Notas

1 César Aira. *Ghosts*. (Traducción al inglés de Chris Andrews). Nueva York: New Directions, 2009.

Adpostal



¡Llegamos a todo el mundo!
CAMBIAMOS PARA SERVIRLE
MEJOR A COLOMBIA
Y AL MUNDO

ESTOS SON NUESTROS
SERVICIOS

Venta de productos por correo,
servicio de correo normal, correo
internacional, correo promocional,
correo certificado, respuesta
pagada, post express, encomien-
das, filatelia, corra, fax

Lo atendemos en los teléfonos
243 88 51 - 341 03 04 - 341 55 34
980015503 Fax: 283 33 45